

# ESTE VERANO ARGENTINA LEE



## Se llamaba Florencia

Un cuento de Luciano Saracino

**conabip**  
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ministerio  
de Cultura

el  
Estado  
en tu  
barrio

Jefatura de  
Gabinete de Ministros



Argentina

---

## AUTORIDADES

### **Presidente de la Nación**

Dr. Alberto Fernández

### **Vicepresidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Jefe de Gabinete de Ministros**

Dr. Juan Luis Manzur

### **Vicejefe/a de Gabinete**

Dr. Juan Manuel Olmos

### **Unidad Ejecutora Especial Temporaria**

#### **'El Estado en tu Barrio'**

Titular

Sr. Víctor José Colombano

### **Ministro de Cultura de la Nación**

Prof. Tristán Bauer

### **Comisión Nacional de Bibliotecas Populares**

#### **Presidenta**

Lic. María del Carmen Bianchi

#### **Secretaria**

María Guadalupe Conde

#### **Vocales**

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski





# Se llamaba Florenxia

Un cuento de Luciano Saracino



Se llamaba Florenxia.

No tenía apellido porque en salita de cuatro todavía no teníamos apellidos. Pero se llamaba Florenxia, eso sí te lo puedo asegurar. Espero que este simple y solitario dato, igual que a mí, te alcance.

Era más linda que no sé qué. La mamá le hacía unas trenzas que cuando el sol se las acariciaba –especialmente el sol que entraba por un ventanal lleno de mariposas de cartón que a veces aleteaban–, a mí se me iluminaba toda la tarde.

Así de linda era Florenxia. Tanto, que a veces me guardaba las vainillas de la merienda y se las entregaba como ofrenda cuando salíamos. Recuerdo que una vez, hasta le regalé mi chocolatín.

El Principito. Melincué casi esquina Helguera. Villa del Parque.

Ya no existe más mi jardín de infantes como tampoco existe más todo lo que te voy a contar. Pero estoy seguro de que vas a saber guardarlo.

Porque es importante.

En el patio de El Principito había una casita. Se trataba de una hermosa casita estilo Tudor, mucho antes de que yo supiera lo que era una casita estilo Tudor, pero que a mí me encantaba. Con Florencia solíamos “tomar el té” en la finísima vasija de plástico que había en las alacenas del interior (ya te dije que era estilo Tudor, así que no faltaban algunos lujos como el de las alacenas). Florencia le decía “jugar a las visitas” a aquello que hacíamos. Sin decírselo, yo jugaba “a la familia”. Los bebotes que sentábamos a nuestra mesa para ella eran “invitados” pero para mí eran “nuestros hijos”. Solíamos hablar de los temas más diversos mientras sorbíamos nuestras tazas vacías y hacíamos comentarios sobre lo exquisitas que estaban las masitas infinitas e invisibles que siempre descansaban sobre la mesa.

Creo que yo era el que menos hablaba durante su juego de las visitas y mi juego de la familia. En parte porque me fascinaba escucharla hablar y en parte porque la mayoría de las cosas yo las decía para adentro. Porque mi juego no era el mismo que el suyo.

Yo gustaba de Florencia, pero no estaba muy seguro acerca de que ella gustara de mí.

A los cuatro años, claro, no sabía que eso iba a pasarme una pila de veces más.

-¿Quiere un poco más de té, señor?

-Por favor.

-¡Qué masitas más exquisitas!

-Las hizo mi mamá.

Y así pasábamos el tiempo que duraban los recreos. Afuera, el bullicio de los otros chicos jugando en el patio para mí era la gente que pasaba.

Después de tomar el té volvíamos al aula, donde Florencia se comportaba con total normalidad pero yo seguía jugando a la familia. Aquel nuevo escenario, entonces, era mi oficina. La plastilina era mi trabajo, y yo ponía el mayor empeño en aquello que se me indicaba. Pensaba en los bebotes que me esperaban en mi casita estilo Tudor del patio y miraba a Florencia de reojo, que parecía hacer sus monigotes como si aquello fuese nada más que una tarea indicada por las señoras Roxana e Inés.

Más o menos así pasé mi estadía en la salita de cuatro. No estaba tan mal, ahora que lo escribo.

Un día entraron en escena dos señoras que no conocíamos. Aquello no era para nada común, y en el jardín todo lo que

era fuera de lo común era motivo de alegría (la salida al programa de Carlitos Balá, la visita de una abuela que nos leía un cuento, una compañía de teatro que venía con sus títeres...). Pero esta vez parecía diferente. Había algunos detalles que me hicieron dudar de entrada acerca de aquella visita.

¿Por qué esas dos señoras no se reían? ¡Estaban en nuestra salita, caramba! ¿Qué otra cosa que no sea sonreír tenían para hacer en nuestra salita? Las miré con desconfianza, intentando dilucidar este asunto.

Estaban vestidas de policía, con un gran gallo en el escudo prendido de su pecho y yo no recordaba haber visto antes mujeres vestidas de policía tan de cerca. Si bien por aquellos años la calle estaba llena de gente uniformada, creo que aquellas fueron las primeras mujeres policía que vi en detalle.

Como cada vez que me enfrentaba a algo nuevo, lo estudiaba minuciosamente. Me llamó la atención su peinado tan tirante debajo de la gorra. ¿No les dolía? Parecía una pregunta adecuada pero no la hice.

Lo que sí hice fue seguir mirándolas con desconfianza.

Había dos cosas que no me gustaron de esas señoras, ahora que las veía bien.

Uno. No me gustó que nos hablaran sin sonreír. La señorita Roxana siempre sonreía cuando hablaba.

Dos. No me gustó que no nos cantaran una canción. La señorita Inés se sabía un montón de canciones.

¡Ah! Y las mariposas de cartón pegadas en el ventanal no aletearon al verlas llegar. Eso también me provocó desconfianza.

Nos dijeron en un tono de voz que tampoco me gustó que el país en el que vivíamos estaba en guerra, y nos explicaron un poco lo que era una guerra.

Nos hablaron de un invasor que nos estaba robando unas islas y yo me pregunté cómo haría ese invasor para robarse unas islas porque, hasta donde yo sabía, las islas eran unas cosas bastante pesadas, llenas de arena y con una o dos palmeras al medio. Por otro lado, ¿para qué alguien querría robarse unas islas? Las mujeres no mencionaron nada acerca de tesoros ocultos, por lo tanto no podía imaginarme la motivación para el extraño accionar de parte de los invasores. Robarse unas islas. ¡Habrased visto!

Pero claro, tampoco nada de esto lo dije en voz alta. Creo que lo hago ahora porque tengo cuarenta y cuatro años y sé que esas dos mujeres están lejos. Pero entonces yo sólo tenía cuatro y ellas estaban ahí nomás.

Nos dijeron que si alguna vez escuchábamos una sirena teníamos que meternos rápido debajo de las mesas y para asegurarse (ellas) de que lo íbamos a hacer bien (nosotros), practicaríamos un simulacro.

Entonces sí levanté mi manito de salita de cuatro. Ya tenía demasiadas cosas sin decir acumuladas como para sumarle esta otra.

–¿Qué significa simulacro? –pregunté cuidando de decir bien la palabra nueva. Las palabras nuevas eran una especie de obsesión, para mí. Había tenido una mala experiencia al darme cuenta de que en el jardín de infantes no había ningún elefante, por lo tanto desde entonces cada vez que aparecía una palabra nueva preguntaba por su significado.

Simulacro no me remitía a nada y las dos mujeres se miraron sin saber qué responderme. Era claro que no estaban preparadas para la salita de cuatro, y un extraño silencio se apoderó de aquel lugar en el que casi nunca crecía un silencio.

–Es como un ensayo –dijo Roxana con su sonrisa de siempre.

–Igual que cuando practicamos una canción –terminó de dejármelo en claro Inés, que se sabía un montón de canciones.

Simulacro, entonces, ya no me sonaba una palabra tan fea.

Las mujeres con el peinado tirante bajo la gorra y el gallo en el pecho hicieron un gesto a la portera y comenzó a sonar el timbre del recreo pero que no era el timbre del recreo porque esta vez era más largo y aturdía bastante.

El jardín entero se volvió un bochinche.

–¡Rápido! –dijo una de las dos mujeres sin sonrisa.



–¡A sus puestos! –dijo la otra.

Y todos los chicos y las chicas de salita de cuatro de El Principito nos levantamos de nuestras sillas y nos metimos gateando debajo de las mesas.

La situación era de lo más divertida.

Yo quedé debajo de la misma mesa que había elegido Florencia. Nos miramos. Ella sonreía con toda la cara. El sol entraba desde el ventanal de las mariposas y le acariciaba las trenzas, por lo que ya sabés como se me estaba iluminando la tarde a mí.

No estábamos en nuestra hermosa casita estilo Tudor jugando a sus visitas y a mi familia. Estábamos debajo de una mesa de lo que para ella un aula y para mí una oficina.

Las dos mujeres que no eran Roxana ni Inés observaban seriamente a pesar de que todos nos estábamos partiendo de la risa.

El timbre no dejaba de sonar y asustaba un poco.

Algún compañero terminaba de ocupar su lugar debajo de una mesa que, para mí, era otra isla muy lejos de la nuestra (porque en ese momento había decidido que la mesa en la que nos habíamos escondido era nuestra isla y que nadie nos la iba a robar).

Entonces pasó.

Florencia me dio un beso.

La miré con toda mi infancia en el instante que ella separó sus labios de vainilla de los míos de chocolatín.

Las mariposas de cartón aletearon en la ventana.

Afuera, el país estaba en guerra.

A mí me acababan de dar mi primer beso de amor.

Se llamaba Florencia. No tenía apellido porque en salita de cuatro todavía no teníamos apellidos.

No sé que habrá sido de su vida. No sé si se enteró que escribo cuentos para chicos y que cada tanto escribo sobre ella.

Sólo sé que lo que acabo de contarte ya no existe pero lo vas a saber guardar.

Porque es importante.





**Luciano Saracino** (Buenos Aires, 1978). Escritor y guionista con más de cien libros publicados, algunos de ellos ilustrados por artistas de renombre internacional como Ariel Olivetti, Quique Alcatena, Paco Roca, Alejandro O´Kif, Carlos Gómez y Poly Bernatene, entre otros. Entre sus obras podemos mencionar las novelas gráficas Historias del Olvido, Ich, Las Aventuras de Fede y Tomate, Cayetano, Ometepe y los libros para público juvenil como Agendas Monstruosas, Filgrid el mago de los caminos, La Pequeña Vikinga va a la Escuela, El Príncipe Azul Ronca y ¡Epa!, Ese Miedo No Es Mío. Escribió guiones de series televisivas y dibujos animados como La Princesa Medialuna, Germán, últimas viñetas, Historias entre Tumbas y Derecho Viejo. Obtuvo, entre otros, el primer premio en el Certamen Internacional de Álbum Infantil Ilustrado “Ciudad de Alicante” (España) con su libro Cuento Hasta Tres, el Premio ALIJA (Argentina) a mejor historieta para jóvenes con las Aventuras de Fede y Tomate Vol. II, los premios a Mejor Guión y Mejor Serie por Germán, últimas viñetas en el Certamen Nuevas Miradas en la Televisión (Argentina), la Medalla de Legionario del Libro (Uruguay) por su trayectoria y el Premio Banda Dibujada (Argentina) a la Mejor Historieta para Jóvenes por Cayetano. Vive en una casita violeta en el barrio porteño de Villa Gral. Mitre.



# ESTE VERANO ARGENTINA LEE

[www.conabip.gov.ar](http://www.conabip.gov.ar)



Escaneá  
y seguí  
leyendo!

El cuento **“Se llamaba Florencia”** de Luciano Saracino integra el libro **“Malvinas: memorias de infancias en tiempos de guerra”** editado por el Plan Nacional de Lecturas en Bibliotecas Populares que lleva adelante la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares. Este libro reúne relatos e ilustraciones de 27 autoras y autores argentinos nacidos entre los años 1966 y 1980, cuya infancia transcurrió en diversas localidades del país y en el exilio, quienes recuperan la mirada infantil, la memoria emotiva y la vida cotidiana en el contexto de la guerra de Malvinas y de la Dictadura Militar que asoló el país, a 40 años de ocurridos los hechos.

Participan de la edición los artistas: **María Teresa Andruetto** (selección y prólogo), **Isol Misenta**, **Fernanda García Lao**, **Roberta Iannamico**, **María Elina Méndez**, **Luciano Saracino**, **Mariano Quirós**, **Matías Trillo**, **Ariel Williams**, **Julián Axat**, **Poly Bernatene**, **Marcelo Guerrieri**, **Patricia Suárez**, **Cynthia Orenszajn**, **Alejandra Kamiya**, **Eduardo Sacheri**, **Costhanzo**, **Gustavo Murillo**, **Sergio De Matteo**, **Nicolás Arispe**, **Viviana Ayilef**, **Silvia Mellado**, **Pablo Bernasconi**, **Natalia Ferreyra**, **Leo Oyola**, **Raquel Cané**, **María Pia López**.

El libro tiene distribución gratuita en las bibliotecas populares de la Argentina y también está disponible en formato digital .